

facetas. Pues si absorta dejó á la corte este sarao, no la dejó menos, la fiesta militar y naval, fingida por cuantos soldados habia en Granada, los cuales reuniéronse, los de tierra, en varios vistosos campamentos por los alrededores de la Alhambra, los de mar en varias naves doradas que bogaban en la acequia de Alfacar, fingiendo todos tales alardes que nunca pueblo guerrero alguno se recreó con mas plausibles y mas gratos recreos. Pero en verdad, los festejos que se llevaron la palma, fueron los festejos de cañas y sortijas, ideados como jamás ideara otros iguales en su larga historia la oriental y voluptuosísima Granada. La plaza de Bibarrambla, erigida sobre la espalda misma del Darro, al pié de la cuesta de los Gomeles, rebosa en gente. Sus edificios se han renovado todos con mármoles recién bruñidos, y compuesto y adornado con tela de seda ceñidas por vistosas franjas y sembradas de áureas lentejuelas. Los magníficos miradores, que podrian competir por su color azul y sus estrellas de oro con el cielo mismo, aposentan preciosas moras que gallardean, ricamente adornadas, como pudieran gallardear las mas nobles cristianas. Sus blancas gasas, su deslumbradora pedrería, los rayos de sus ojos, la voluptuosidad de sus sonrisas, campean entre las flores sembradas por doquier de igual suerte que las mariposas en los pensiles. Las músicas guerreras mezcladas con los gritos populares animan y enardecen la fiesta. Fingidla si podeis. Por las cuevas, por las azoteas, entre las almenas, cerca, lejos, inmensa muchedumbre; por los miradores las bellas damas ataviadas con sus mas ricos trajes y ceñidas de piedras preciosas; en las tribunas, recién dispuestas al efecto, los magistrados y alfaquíes con sus altos turbantes, signos de sus respectivas dignidades; aquí un grupo de esclavos, cuyos negros rostros resaltan bajo sus tocas blancas y sobre sus túnicas rojas; allí una legion de graciosos pajes y escuderos, portadores de rodelas y escudos primorosamente esmaltados; por todas partes lanzas y espadas que brillan á la luz, banderolas y gallardetes que vuelan al viento en el principal edificio de la plaza la reina y el rey sentados sobre sendos cojines de púrpura que resaltan entre los dibujos y las flores de las pérsicas alfombras; en la arena ó redondel las diversas cuadrillas, ora un grupo de caballos blancos enjaezados de colores celestes, sobre cuyas sillas campean airoso caballeros vestidos de argentado tisú, ora un tropel de corceles del desierto que se enorgullecen con su carga de jinetes vestidos por diversa manera con terciopelo carmesi, todo recamado de bordaduras de oro, ya una compañía de soberbios brutos cordobeses sujetos por la fuerza de atezados africanos, que en sus marlotas y aljabas verdes ostentan rico ramaje de plata rociado con menuda lluvia de aljófar, ya otra compañía de atigrados trotones que piafan al compás de la música y se ensoberbecen á los gritos de los preclaros nobles granadinos, los cuales vístén por la moda asiática; y recuerdan en sus turbantes la oriental Damasco; todos precedidos de heraldos y clarines, acompañados de vistosas divisas, con el blason de su

familia en el escudo y el regalo de su dama en el pecho, seguidos por palafreneros y esclavos, cuyo ministerio se reduce á tener del diestro toda una caballería de refresco mientras gallardean los jinetes de sin igual apostura y componen con cintas y lazos vistosas combinaciones de color y arriesgadas suertes de cabalgar, y empeñan escaramuzas cuyos encuentros, mas bien son vuelos que carreras y cuyas incidencias mas bien peleas que juegos, y ensartan las sortijas á todo galope en las puntas de sus lanzas para depositarlas luego en manos de las preciadas beldades, y rompen mil cañas en arremetidas y defensas, y realizan todo género de alardes entre los sonos de chirimías y dulzainas y añafíes, propios para los combates, y el clamoreo de aquella inmensa poblacion embargada con los azares de las varias empresas tan parecidos en sus episodios á los peligrosos azares de la guerra.

Mereció llamarse la mejor, aunque tambien la mas trágica de todas aquellas fiestas, la que ideara Zoraya por cariño á su patria, un fingido torneo de cristianos hecho entre moros con toda la propiedad demandada por el conocimiento que habia en Granada de nuestras costumbres y por la multitud de arreos cristianos traídos, como despojos, en las continuas correrías. No era mucho que Zoraya imaginase ver este espectáculo fingido, en recuerdo y culto de su patria ausente, cuando antes del favor y poder suyos, otro real espectáculo de este mismo linaje viera toda Granada con general asombro. Entre los caudillos cristianos descollaban D. Diego de Córdoba y D. Alonso de Aguilar por su arrojo heróico en todas las empresas contra los moros. Pero, si este odio comun á la raza musulmica juntaba á los dos caballeros, dividiánlos mortalmente los odios sentidos mutuamente por uno contra otro á causa de sus respectivos compromisos en las guerras civiles de Castilla. Llegó á tales extremos su pasion, que el D. Diego mandó á el D. Alonso uno de sus farautes con reto lleno de denuestos para llamarle á singular desafio. Y no obteniendo liza segura en los dominos del rey de Castilla, buscóla nada menos que en los dominios del rey de Granada. Muley, picado de caballero, y escrupuloso en leyes de honor, señaló albergue en su ciudad á los combatientes y campo cerrado donde pudieran partirse el sol y lavar con sangre sus mútuas inolvidables afrentas. Personóse D. Diego en Granada, la víspera del dia señalado, que era, si no miente mi memoria, el 9 de Agosto. Llegada la fecha, el rey se arrellanó en su mirador, las damas en sus ajimeces, el curioso pueblo en las avenidas, los jueces del campo en la tribuna, y el caballero en la plaza, armado de punta en blanco. Y tres veces mandó á su faraute que llamara á D. Alonso de Aguilar y tres veces el silencio respondió al llamamiento. Y cogiendo entonces un retrato del ausente, lo ató con ignominia á la cola de su caballo y lo arrastró con desprecio por todo el recinto de Bibarrambla. Un abencerraje, amigo de D. Alonso de Aguilar, que presenciara la afrenta del caballero cristiano y la rechifla del pueblo granadino, tomó su caballo, requirió sus ar-

mas, y lanzándose á la arena, conjuró á Córdoba para que, la adarga al pecho, la lanza en ristre, la visera calada, y las espuelas en los hijares de su corcel, le esperase, porque iba á mantener por Aguilar el campo. Decidido estaba el caballero cristiano y airado el caballero abencerraje, cuando á una señal del rey lanzáronse los alguaciles á cortar el paso á éste, y á entregarle nada menos que al verdugo por haber roto las leyes de la caballería y hollado los fueros del honor. Intercedió Córdoba para que no le castigaran tan cruelmente, y obtenido el perdon, requirió una sentencia. Y se declaró que el caballero D. Diego de Córdoba se había portado como tal y vencido á D. Alonso de Aguilar en abierto juicio de Dios. Copió el favorecido mil ejemplares de la sentencia y los repartió en todos los dominios castellanos, trazando además muchos cuadros en representacion de tamaña aventura. Y luego pidió un copia. Diéronla los jueces del campo, certificada por el escribano. Y Córdoba la trasladó al pié del retrato de Aguilar, añadiendo esta frase: «Tal es mi enemigo.» En tiempos de tales escenas, fácil cosa á una dama castellana idear en Granada un torneo cristiano; facilísima cosa á un sultan granadino cumplir inmediatamente el capricho de su sultana.

La granadina reina, en el suelo de la caballería nacida, gustaba por extremo de estos espectáculos caballerescos á la cristiana usanza. Así designó varias damas, para que armasen á los fingidos cristianos del torneo. Mucho, muchísimo murmuraron las moras y sus familias de estos proyectos, atribuyendo por exceso de suspicacia á tales artificios el carácter de mas vastos planes fraguados para cristianizar todo Gradada. Pero los vasallos de Muley no tienen mas medio que optar entre la obediencia pasiva y la rebelion armada. Así aceptaron, aunque á despecho, sus papeles, y convinieron á una, con los contrariados caballeros moros, en aceptar todas las disposiciones impuestas por la mente de la voluntariosa sultana. Lo mismo hicieron los villanos elegidos para escuderos, aunque en su clase tenían mas intensidad las pasiones y por lo mismo menos lugar los acomodamientos. Granada entera refunfuñaba de estas novedades, al ver en ellas derogacion injustificada de antiguos usos, y tentativas peligrosas de mutaciones cristianas. Pero ningun obstáculo podia arredar á una mujer caprichosa, desconocedora de las preferencias de aquel pueblo suspicaz y olvidada de las terribles rebeliones con que manchara al pié mismo de su lecho nupcial y los comienzos de su proceloso reinado. La corte de Granada tuvo tribunales femeniles de amor como pudiera haberlos tenido cualquiera antigua corte de Provenza. Todo estaba preparado, pues, para la teatral fiesta. Habíanse dado á los contendientes lanzas embotadas y llenas de signos castellanos y católicos. Los reyes de armas con sus gorras ceñidas de varios plumajes y sus dalmáticas recamadas de escudos feudales, acompañaban á sus señores, y los heraldos les precedian, y les seguian los escuderos y pajes vestidos á la española usanza. Tablados varios se improvisaban cubiertos todos de

magníficos brocados tejidos en las ciudades españolas. Al son de cuernos de caza y al grito de pregoneros innumerables se anunciaron las solemnes peleas en el palanque cerrado. La reina apareció rodeada de sus damas, las cuales llevaban todas en las manos los respectivos premios del combate, consistentes en joyas de inestimable valor, tanto por su rica materia, como por sus primorosos y cincelados realces. Los jueces del campo se instalaron al pié de las damas, presididos todos por el Sultan, que quiso dar tan grande honor á la decantada ceremonia. En estrados aparte tocaban músicos escogidos. Cuando sonó la señal del comienzo, vieron todos con asombro aparecer damas gallardísimas, soportando en sus delicadas manos cadenas de oro á las cuales iban ceñidos y atados los bravos caballeros. Y cuando ya los habian soltado en la arena con ademanes de cariñosa despedida, dábanles cualquier prenda de sus vestiduras, cualquiera de sus adornos, un lazo, un joyel, un collar, un zarcillo, un relicario, que ellos se colgaban al pecho con extremos ademanes de gratitud y profundos estremecimientos de amor. Así, las músicas suenan, los heraldos claman, las muchedumbres gritan, las nobles señoras ondean sus respectivas divisas, los caballeros montados en corceles revestidos de acero, se buscan con arreglo á las leyes de la caballería y pelean con arreglo al código del torneo, luciendo sus brillantes armaduras, sus capacetes de oro, sus plumajes de mil matices y flameando sus largas tizoñas en combate porfiado, donde no sabe el ánimo qué admirar mas, si el valor y destreza de los combatientes, ó los animados grupos que forman en los encuentros y en las complicaciones de sus brillantes y atrevidos juegos.

Las gentes del pueblo no pueden sufrir aquel desacato á sus costumbres. Las cauces que han visto aparecer en la vega con tanto horror como los siniestros cometas en los cielos, campean por los espacios de Bibarrambla. Los cruzados, que han herido sus cuerpos, que han talado sus ruzafas, que han puesto mil profanaciones es sus mezquitas, aparecen, siquier sean disfrazados, en el recinto sacratísimo de la ciudad santa. Parecen á sus ojos los mismos que han combatido en la Higuera y los mismos que han asaltado la riscosa Ajarquia y han vencido á la invencible Alhama. Aquellos cascos maldecidos, aquellos caparazones odiados, aquellas insignias aborrecidas, las adargas de infeliz memoria, las espadas tintas en sangre mora, las divisas cuyas ondulaciones han señalado el camino devastado de las devastadoras correrías, brillan merced á la voluntad caprichosa de una vil nazarena, que acaso sueña con adormecer con sus hechizos el reino granadino lo mismo que ha hechizado y adormecido á su rey. Todos estos pensamientos corrian por la acalorada imaginacion del pueblo y centelleaban en sus ojos, cuando aparece en medio de la plaza una inesperada figura que parece personificarlos. Es un caudillo moro, á caballo en un corcel blanco, seguido de varios jinetes, y que grita:

—Á mi lado, granadinos, á mi lado, contra esta farsa cristiana y contra esta cristiana reina, precursoras de la pérdida de los musulimes y de la entrega de Granada.

—¡Boabdil! ¡Boabdil! gritan los granadinos, Boabdil que ha roto las puertas de su prision y ha venido á socorrernos y á procurarnos nuestra venganza.

Y un grito de «abajo Muley-Hacem, muera Zoraya,» siguió á la aparicion del jinete moro, acompañado de tal empuje que, sublevada hasta la guardia de los sultanes, tuvieron marido y mujer que montarse precipitadamente en un solo corcel, procurado por un último amigo, y echar á correr en rápida fuga hácia el castillo de Sobreña, en cuyos riscos dejaron caer para siempre la corona. El valeroso Hacem perdió la vista de llorar su desventura, no tanto por la ruina de su trono, como por la exaltacion de Boabdil, bajo cuyo mando, segun el horóscopo de consumada astrología, debia caer Granada en poder de los cristianos. Y si mil veces le escucharon los suyos maldiciones de su enemiga estrella, nunca le escucharon maldiciones de su nefasto amor, amante y caballero en el destierro y hasta la muerte.

CAPITULO XIV.

Espantoso dilema.

El sultan de Túnez divertía mucho su ánimo, y grandemente lo explicaba, en la ocupacion de oír épicas narraciones relativas á los conflictos de sus gentes con las gentes cristianas. No hay, pues, para qué decir cómo embargaría su atencion la sustancia de estos dramas granadinos, tan ricos en caballerescos incidentes. Absorto estaba en contemplar con tristeza la inevitable ruina á que iba precipitado el reino último de los árabes en España, cuando oyó grande algazara y siniestro rumor de muerte, y gritos de imprecaciones varias, acercándose en rápido crecimiento al lugar donde con sus favoritos y siervos hablaba sobre recientes ó antiguas historias. Como no corria Túnez la deshecha borrasca que á la sazón corria Granada, no eran de presumir rebeliones políticas en aquel endiablado estruendo. Al contrario, la debilidad de los reinos é imperios, antiguos rivales ó antiguos dominadores suyos; la venida de los turcos al seno de Constantinopla con tanta pujanza; la suspension de las Cruzadas, perdidas desde que cumplieron su ministerio histórico de quebrantar el feudalismo y traer á la vida el estado llano; los pactos convenidos con San Luis y hasta entonces realizados, daban á Túnez con cierta libertad religiosa, natural en el deísmo mahometano, cierta paz política, impropia del inquieto temperamento de los árabes. No temió, pues, el señor, á pesar de haber soñado largo rato con Abencerrajes y Zegríes, Gomeles y Zagales, que vinieran todos estos bandos en armas á perturbar su taifa fuertemente asentada en costumbres de paz y de obediencia. Mas, por lo mismo, parecía extraño aquel rumor de tempestad en palacio tan quieto como su palacio y en ciudad tan pacífica